



DE MI CARTERA

Ultima invasión de berberiscos en Lanzarote



OBRESALTADOS los lanzaroteños, por las anteriores correrías de los berberiscos en la isla, todavía fué más violenta la última que efectuaron el año 1749.

La noche del 30 de Octubre, dos jabeques llegaron al Puerto de las Coloradas, donde se encontraba la torre de Rubicón, única fortaleza que existía por aquel paraje.

El enemigo, cuya fuerza se componía de 400 hombres, amaneció acampado en aquellas playas, y, tan pronto el sol asomó su disco refulgente, envistieron furiosamente la fortaleza, dando muerte cruel a un intrépido isleño que supo hacerla cara, cautivando al Condestable y unos nueve paisanos, que era toda la guarnición.

Avanzaron luego hacia el corazón de la isla con objeto de saquear la Villa Capital. En su marcha pusieron fuego a la ermita de San Marcial, monumento de la Catedral primitiva, (1) y otro grupo de berberiscos, corrió tras el ganado que pastaba en aquellas llanuras, hasta el pueblo de Femés, que también saquearon y quemaron.

Dos días llevaban los argelinos devastando impunemente la isla, por aquella parte, cuando acudieron a la defensa nobles hijos de Teguisse, que inflamados sus pechos por el acendrado amor a su patria chica, y entusiasmados por la brillantéz del éxito obtenido en anteriores combates, fundiéronse todas las clases sociales en íntimo consorcio espiritual, y llevando de capitán a un fraile de San Francisco, lanzáronse

(1) En la iglesia parroquial de Teguisse existe una efigie de San Marcial, patrón de la isla, escultura del siglo XVI, salvada del incendio de aquel templo, el año 1909, que la tradición nos dice que fué esta de la antigua Catedral de Rubicón, llevada allí por los isleños, con motivo de su fuga al incendiar los moros éste monumento histórico. En la parroquia de Femés existe otra, reproducción exacta de la que se venera en Teguisse.

intrépidos en su persecución, dispuestos a derramar su generosa sangre y ofrendar sus vidas en holocausto, por aquella tan querida tierra.

El Coronel, Gobernador de las armas, que residía en la Señorial Villa, era un hidalgo protugués, que a más de ser anciano y achacoso, tenía a su mujer en cinta y no permitió que se tocasen las campanas a rebato, y este es el motivo por el cual, un fraile fué el primero en acaudillar las fuerzas y salir al mando de ellas, en persecución de los argelinos.

Los isleños se dirigieron al valle de Femés, no sin fatigas, por la falta de provisiones de boca, cortando la retirada a los moros, que habían huido sobrecogidos de pavor. Tan fuera de regla lo hicieron, que no tuvieron tiempo de ganar sus jabeques, y dentro del agua fueron atacados tan furiosamente, que unos 70 que no habían podido tomar las lanchas, perdieron la vida a manos de los isleños que sumergidos en el mar hicieron una horrible matanza, no dando cuartel, ni aún a los que querían rendirse.

En su precipitada fuga, dice la tradición que los moros exclamaban:

«¡Si de esta escapo y no muero, a la tierra de Marcial no vuelvo!»

Efectivamente; esta fué la última correría de los berberiscos en Lanzarote, y la más brillante victoria que tuvieron los isleños.

Las olas enrojecida por la sangre, fueron arrojando a la playa cadáveres de berberiscos. Los isleños amontonaban aquellos mutilados cuerpos para inhumarlos.

Pálido resbalaba por el horizonte el astro-rey hundiéndose en el mar.

En la playa el montón de cadáveres ardía como holocausto ofrecido ante el ara de la Patria por la victoria, y mientras aquéllos eran consumidos por las llamas, los isleños postrados de hinojos, rezaban el Santo Rosario en acción de gracias.

Los jabeques perdíanse en el horizonte y el crepúsculo ponía una infinita dulcedumbre en el corazón de aquellos héroes.

LORENZO BETANCORT.

Cronista de Tegüise

